

MEMORIA E HISTORIA

FARO EN DEBATE
Número 10 | Junio

Jacqueline M. Dussillant Christie
Profesora investigadora Faro UDD
Doctora en Historia
jdussillant@udd.cl

Contacto

Av. Plaza 680, Edificio H.
Enlace: faro.udd.cl

Estimados lectores:

No resulta extraordinario constatar cómo en nuestro tiempo, época de reinterpretaciones y revisionismo, haya quienes esgriman que el surco de la Memoria se confunde con el de la Historia, llegando algunos a considerarlos un mismo camino.

Esta confusión encuentra explicación en la identificación que se hace de la Memoria y de la Identidad como parte integradora de la Historia. El problema, empero, es que no son lo mismo. El rol al que está llamada la Memoria dista del oficio historiográfico, y pretender a través de ella la configuración de la Historia comprende dificultades, ya que exige que ésta se haga cargo de las subjetividades que articulan la Memoria.

Por otra parte, pedirle a la Historia que haga las veces de juez ante las demandas de una Memoria dolida conlleva atribuirle una naturaleza y objetivos distintos a los que por esencia constituyen la labor del historiador, lo que también entraña varias problemáticas. Empero, la interpretación de este vínculo dista de estar zanjada. Para algunos, una no puede ser entendida sin la otra; mientras que otros arguyen que allí donde la Memoria fenece, la Historia asoma como el eco que permite la subsistencia de las voces idas.

Por ello, el ejercicio de buscar la verdad exige, a lo menos, tomar distancia y asimilar que su dificultad obedece a dos espejos: el de la memoria, aquel en donde vemos nuestros rostros ausentes, como señaló Octavio Paz; y el de la Historia, aquel en donde el presente se refleja y el futuro encuentra su guía, como sentenció Churchill. Y aunque sean parecidos, no son el mismo espejo.

Pedro Villarino F.
Editor Faro en Debate



faro_udd



@faro_udd



faro udd



faro@udd.cl

I. Memoria e Identidad

Con su indiscutible genialidad, el escritor argentino Jorge Luis Borges nos invita a través de su cuento “Funes el memorioso”, a reflexionar acerca de la necesidad de recordar, pero también de olvidar. Tras un accidente, Ireneo Funes despertó con la insólita capacidad de acordarse de absolutamente todo. Desde entonces, el presente se le hizo “casi intolerable de tan rico y tan nítido” porque su memoria se tornó tan infalible que cada imagen del pasado la asociaba hasta con las sensaciones corporales de ese segundo y las formas de las nubes. La imposibilidad de olvidar y discriminar entre sus recuerdos le hacían difícil reconocer su propia identidad. El caso opuesto lo representa la situación del músico Clive Wearing, cuya memoria se tornó tan frágil a raíz de un virus, que no recuerda más que los últimos segundos que han pasado. Condenado a vivir un presente perpetuo, Wearing dejó de tener un pasado. En otras palabras, no sabe quién es, porque la memoria es esencial para la conformación del yo.

La memoria es frágil, selectiva y cambiante, de manera que configura nuestra identidad desde la subjetividad. En la obra del filósofo inglés John Locke se halla una interesante reflexión acerca de la individualidad cuando distingue la identidad personal de la “del hombre”. Señala que la primera se basa en la continuidad de su conciencia, la que se orienta hacia el pasado en la forma de memoria. Así, al “mirar hacia atrás”, la conciencia de cada uno recupera fragmentos del pasado y los conecta como propios del mismo sí que está recordando (Souroujon, 2011, 237).

Pero cuando se habla ya no de la memoria individual sino de la colectiva, aparecen nuevas interrogantes. Y aquí nuevamente la

literatura puede darnos un buen ejemplo a través del personaje Jean Marc de la novela La identidad de Milan Kundera, quien recuerda un pasado adolescente totalmente olvidado cuando se encuentra con un amigo de esos años. Es decir, en este caso es el entorno social que está fuera de nosotros el que permite recuperar nuestra propia memoria. Esto se asocia a la idea propuesta por el sociólogo francés Maurice Halbwachs en cuanto a que la memoria del individuo descansa en la memoria del grupo del que forma parte, de manera que “el individuo recuerda cuando asume el punto de vista del grupo y que la memoria del grupo se manifiesta y se realiza en la memoria individual” (Halbwachs, 2004, 112).

Estos ejemplos nos muestran la relación existente entre la memoria, la historia y la identidad. Aunque la memoria -pero también el olvido- conforma nuestra identidad y forma parte de nuestra historia, no es nuestra historia. Por eso vale la pena reflexionar en torno a la vinculación entre Memoria e Historia.

II. Historia y Memoria

Para efectos de mayor claridad, debo comenzar explicando el uso de mayúsculas y minúsculas en ambos conceptos. La historia en minúscula y a secas puede ser simplemente entendido como el devenir, o los hechos del pasado (*res gestae* para la mayoría de los historiadores) mientras que la Historia acá la entenderemos como el producto del historiador (*rerum gestarum*, o historiografía). Cuando se habla de memoria en minúscula hacemos referencia al recuerdo, mientras que Memoria apela a la voluntad expresa de alguna colectividad de mantener vivo algún recuerdo, de tener siempre ese pasado en el presente –normalmente

doloroso- con el fin de que no caiga en el olvido. Esto último halla su origen fundamentalmente tras la Segunda Guerra Mundial por hechos asociados al nazismo, al fascismo y al franquismo, pero particularmente en relación con el Holocausto judío.

Si bien tanto la Historia como la Memoria miran hacia el pasado, sus perspectivas, fuentes y objetivos son diferentes. La Historia emplea métodos rigurosos y recurre a fuentes de diversa índole con el fin de comprender el pasado y ofrecer un trabajo crítico. La Memoria, en cambio, pretende dar voz a grupos que no la han tenido, se alimenta principalmente de testimonios orales que tienen una variedad de interpretaciones y que quedan sujetos a su adecuación de una generación a otra de acuerdo con sus intereses. Esto último es una de las diferencias relevantes porque otorga un particular valor social y cultural a la Memoria desde el momento en que busca reivindicar el pasado de los que se consideran excluidos de la historia, por lo que suele ser empleada políticamente (Aróstegui, 2004, 6).

Así, no es de extrañar que la vinculación entre ambos conceptos difiera en el pensamiento de distintos autores. Para Julio Aróstegui, por ejemplo, pese a admitir que la Historia trasciende sobre la Memoria, esta sería su “vehículo de transmisión” para no caer en el olvido. De ahí que este autor distingue entre Memoria Social, Memoria Colectiva y Memoria Histórica, otorgándole a esta última la condición de punto de equilibrio entre Memoria e Historia, cuestión en la que coincide el historiador italiano Enzo Traverso (2010, 81). Para Traverso, la Historia no solo produce saberes, sino que “es también un lugar de reproducción de lagunas de memoria, de rechazos y cuestiones reprimidas de la sociedad” (2010, 80).

Esta dimensión funcional y ética que tendría la Memoria en relación con la Historia ha sido tratada por otros autores contemporáneos. Entre ellos, el historiador francés Roger Chartier, quien señala que la historia, “con su exigencia de verdad”, debe entender y apaciguar cuanto pueda “los infinitos dolores que dejó en nuestro presente un pasado a menudo injusto y cruel” (Chartier, 2007, 99).

En esta línea en la que entre Memoria e Historia no hay una confrontación sino un complemento, se ha empleado el concepto de “Memoria Histórica” como una suerte de solución de equilibrio entre ambas miradas al pasado. Esto porque, siendo la Memoria una práctica viva y presente del pasado que descansa sobre los recuerdos y testimonios de algunos, al ser acogida por la Historia pasa teóricamente a ser también aceptada por la sociedad mediante el poder de esclarecimiento de la verdad sobre hechos dolorosos del pasado que permite la historia.

Diferente es la mirada que tienen al respecto otros historiadores franceses, como Pierre Nora y François Hartog. El primero es una voz ineludible al momento de reflexionar en torno al tema de este artículo. Para Nora no es posible articular Historia y Memoria porque cuando una se presenta es porque la otra se ha agotado; es decir, la Historia entra en escena cuando quienes mantienen la Memoria –los testigos directos- mueren. Tras ellos queda el quehacer de la Historia, por un lado, y los que él denomina “lugares de la memoria”, por otro. La sola existencia de tales lugares revela la ausencia de la transmisión de la Memoria y la necesidad de que la sociedad intervenga para conservarla.

Por lo mismo, considera que el concepto de Memoria Histórica no es acertado desde el momento en que vincula dos términos que tienen poco en común (Nora, 1995, 212).

Considera asimismo que la Memoria es siempre “sospechosa” para la Historia porque tendría como misión verdadera “destruirla y reprimirla” (Nora, 1997, 21). Ello debido a que la Memoria no es única, es cambiante, de límites difusos, alimentada de recuerdos y olvidos. Esto porque la Historia es siempre una reflexión crítica que se basa en distintas fuentes y, por decirlo de algún modo, tiene vocación de “verdad” o, en palabras de Nora, una “visión unificadora” que asoma a partir del “discurso crítico”. En cambio, la Memoria es llevada por “los grupos vivientes”, de manera que está sujeta a una evolución permanente, “abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia inconsciente de sus deformaciones sucesivas”, por lo que es “vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones”. Además, vincula la Memoria a las emociones al señalar que “es afectiva y mágica [...] se adapta a los detalles que la reconfortan” y se nutre de recuerdos borrosos, simbólicos y particulares (Nora, 1984, XX).

Para Hartog, en tanto, la Memoria carece de objetividad, pues es la voz de los vencidos que buscan narrar su versión y por ello es sobre todo “un derecho, un deber, un arma” (2008, 128). Así, la Memoria actuaría como una suerte de resistencia a las Historias Oficiales en el sentido de dar, en palabras de François Hartog, una alternativa a la Historia que ha fallado por ser la de los vencedores y no “de víctimas, de olvidados, de dominados, de minorías y de colonizados” (Hartog, 2009, 128).

III. Palabras finales: Memoria y Conmemoración

Teniendo en cuenta que toda conmemoración apela a la Memoria, lo que se trae al presente en dicho acto conmemorativo es una versión o, si se quiere, aquello que un grupo decidió no dejar en el olvido. Pero, como vimos, la Memoria es frágil, manipulable, selectiva y existe con el solo propósito de que su contenido sea recordado. Es decir, tras una conmemoración subyace la voluntad de que aquello que se conmemora no caiga en el olvido. Por lo tanto, una conmemoración es siempre un acto político porque, aunque se despliegue en el ámbito de lo privado, supone la voluntad de algunos para influir sobre otros en relación a lo que se debe recordar y, por lo tanto, qué se debe olvidar. Y en tal sentido opera también como un acto de definición de una identidad colectiva desde un presente.

En consecuencia, la conmemoración no es un acto neutral y desprovisto de algún propósito. Busca traer al presente aquello que quienes lo organizan consideran apropiado, necesario o conveniente. Puede tratarse del contenido “nacional” y “republicano” de la Memoria de un colectivo que se confunde con una nación, o bien la de comunidades más pequeñas. Volviendo a Halbwachs, aunque él no se refiere al concepto de Memoria nacional, sugiere que la sociedad solo puede perdurar como tal mientras exista una base de creencias colectivas que logre la unión de sus miembros. Tales creencias hallan su arraigo en el pasado, del que extraen su memoria, pero también se atan al presente desde el momento en que es precisamente en él donde se transforman algunos recuerdos y se olvidan otros para que una sociedad en permanente cambio alcance “un manto de unidad”. Así, esas creencias colectivas operan tanto como tradiciones (o recuerdos

colectivos), como convenciones fraguadas en el presente.

Asimismo, cuando se trata de conmemoraciones oficiales, cada país -visto a largo plazo- o cada gobierno, trae al presente la Memoria de algún acontecimiento que se considere fundante de esa sociedad, tales como han sido los procesos de independencia y de nacimiento de la república en muchos países latinoamericanos. Con ello se busca indagar en lo que se estima constituye la raíz identitaria de cada nación (Rodríguez da Silva, 2002). Tales conmemoraciones suscitan emociones, sensibilizan y muchas veces generan lazos entre quienes viven el presente con aquello que se rescata del pasado en la forma de una versión o una interpretación.

Sin embargo, con el auge memorial que surgió en la década de 1980, la crisis de la “Memoria” nacional, republicana y “unificadora” dio paso a la aparición de múltiples memorias, generándose así, lo que se ha denominado “conflictos de memorias”. Últimamente se han hecho muchas reflexiones con respecto a esta multiplicación de Memorias, casi siempre intentando buscar una explicación. Entre ellas, algunos han puesto el énfasis en que dicha “ola memorial” es una respuesta frente a un futuro que se ve

incierto y opaco, en especial tras el derrumbe de la experiencia socialista en Occidente (Revel, 2014, 15). Es decir, quienes se han sentido huérfanos de un sistema colapsado, recaban en el pasado en busca de vestigios que conformen sus Memorias y le den así sentido a su presente y su futuro. Asociado a ello, este gran interés por la Memoria y su relevancia para la identidad de un pueblo o colectivo también radicaría en el fenómeno de la globalización y su efecto homogeneizador.

Pero dichas Memorias, aunque alimenten, incentiven o desafíen a la Historia, no deben confundirse con ella. En este escenario, el historiador ha sido muchas veces convocado como garante o juez, como si tuviera la facultad de apaciguar los ánimos que arden al interior de tales conflictos entre las diversas Memorias, o de proporcionar una suerte de placebo a quienes vieron cómo su mundo se derrumbaba, e incluso transformarse en lo que algunos han llamado el “historiador taumaturgo” o aquel que responde a las demandas llegadas desde las Memorias heridas (Bertrand, 2011,38). Pero la Historia, y tras ella el historiador, no puede estar al servicio de la Memoria, pues sus objetivos y naturaleza son diferentes.

Referencias bibliográficas

1. Halbwachs, Maurice, *La memoria colectiva*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.
2. Souroujon, Gastón. "Reflexiones en torno a la relación entre memoria, identidad e imaginación", *Andamios. Revista de Investigación Social*, vol. 8, n° 17, 2011.
3. Aróstegui, Julio, "Relatos de la memoria y trabajos de la historia", *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* n° 3, 2004.
4. Traverso, Enzo. "Historiar la memoria", *Viento Sur* 113, 2010.
5. Chartier, Roger. "El pasado en el presente. Literatura, memoria e historia", *Co herencia* vol 4 n° 7, 2007.
6. Nora, Pierre (dir.). *Les Lieux de la Mémoire*, Gallimard, Paris, 1997.
7. Nora, Pierre (dir.). *Les Lieux de Mémoire*, Gallimard, Paris, 1984.
8. Hartog, Francois. "Historia, memoria y crisis del tiempo ¿Qué papel juega el historiador?", *Historia y Gráfica* n° 33, 2008.
9. Rodríguez da Silva, Helenice. "Rememoracão/commemoracão; as utilizacoes sociais da memoria", *Revista Brasileira de Historia*, v. 22, n° 44, 2002.
10. Revel, Jacques y Gerardo Losada. "La fábrica del patrimonio", *Anuario TAREA*, año 1, 2014.
11. Bertrand, Michel. "En torno a los usos de la historia: conmemorar, celebrar, instrumentalizar las independencias latinoamericanas", *Revista Estudios del IDHIR*, I, n°1, 2011.